

Pluma y Lápiz



Anual..... \$ 6.00
 Semestral... > 3.50

Pluma y Lápiz

Del mes: 0.20 cents
 Del año: 0.40 >

AÑO II — NÚM. 105

SANTIAGO, A 21 DE DICIEMBRE DE 1902

VOLÚMEN IV — NÚM. 22

Poquita Cosa

16 de diciembre.

Al ponerme hoy a escribir he recibido una carta i su fecha ha despertado un recuerdo que me ha hecho levantar los ojos. Entre tantas fotografías i dibujos que alegran mi cuarto de trabajo, está ahí, en sitio preferente, orlado de hojas secas, el retrato del maestro Daudet.

16 de diciembre!..... sí, hoy es el aniversario triste; hoy, hace cinco años, al caer de una tarde, me senté en la Alameda con los ojos llenos de lágrimas; porque entonces era todavía un niño i sabía llorar. Acababa de leer que, allá lejos, en ese París de todos mis sueños, había muerto el mas seductor de los artistas que hicieron mi infancia soñadora i reflexiva.

Tanta pena! tanta, tanta! Nunca en mis pensamientos me había figurado a Daudet viejo i enfermo; lo creía un amiguito de mi edad, con el cabello alborotado i la corbata suelta; quién sabe si esto proviniera de que así estaba el *Petite-Chose* de la lámina, apoyado sobre la jaula de su loro — el ridículo lorito verde que cargan los soñadores toda su existencia — enviando con la punta de los dedos besos furtivos a los plátanos de la casa paterna que no debía volver a ver, i, quién sabe si no tuve razon! El poeta es niño siempre, porque siempre es injenuo. No, fuera hojas secas i vengan frescas flores! están muy mal las hojas secas puestas en el retrato de Daudet.

Daudet! No sabeis que el primer libro que llegó a mis manos fué ese *Poquita-Cosa* i que, lo mismo que a él le gustaba identificarse con «Robinson» yo me personifiqué en «Daniel Eyssette» al punto que, hasta ahora, no he logrado deslindar mi personalidad de la suya? Es que yo tambien llevo mi lorito verde, casi desplumado ya, i que sigo siendo el mismo *Poquita-Cosa*.

A propósito: nunca os he contado la aventura de esa novela conmigo, i sin embargo es curiosa i casi reciente.

Figuraos si desearia poseer de nuevo un *Petite-Chose*! El mio, el pintarrajeado, el garabateado por mí, se habia perdido. La última vez que lo vi, fué recién muerta mi madre: sobre un velador, altando una vela estaba el pobre, i un gran cerote amarillo sellaba su dorada cubierta.

Desde entónces lo perdí de vista hasta que un buen día quise darme el placer de adquirir otro que me lo recordara. Entré en una librería de viejo i de las tablas mas altas, cubierto de polvo, bajó el anticuario uno bien sucio i deslustrado, pero que me evocaba la infancia.

Ahí, frente al mostrador i al librero atónito, yo veía desfilar esa edad dichosa i lejana; cada grabado era renovar una fresca sensacion de aquellos tiempos, pero de pronto, Dios mio! casi se escapó el volúmen de mis manos: habia tropezado con la tragedia de Lyon: «Cucarachas! Cucarachas!»: una colonia de insectos con caparazones de pedrería como en el libro mio, el pintarrajeado, el releido, el garabateado por mí.

Febilmente volví las pájinas hasta encontrarme en la primera con la propia letra, temblorosa, heroica, de mis ocho años:

Si este libro se perdiera.....

Trastornado de placer salí con el tomo bajo el brazo, bajo el brazo izquierdo, bien oprimido contra mi pecho; hasta olvidaba pagarlo... El tendero debe haberme creído loco.

Salí i no paré hasta hallarme en mi casa, en mi pieza, bajo llave: ahí interrogué al recobrado sobre su eluente vagabunda i le conté la mia infeliz. Sus rozaduras, sus manchas, sus desgarrones, me hablaban elocuentemente (algún día escribiré un cuento a lo Andersen que se llame: «Aventuras de un *Poquita-Cosa*»). Mis ojos cansados, algunas canas que ya tengo, el pliegue taciturno de la frente i el amargo de los labios, le dijeron a él que esos diez años no habian, tampoco, trascurrido en balde para mí.

Esa noche las bujías ardieron hasta las arandelas i, mientras conversábamos, mi viejo camarada i yo, estas se preguntaron con terror si la llama no las haria saltar.

Sin govornos del sillón, volveríamos a correr los prados de Provenza, nos tendimos boca abajo en la *Isla Desierta* i navegamos por el Ródano en el viejo barco (el capitán se llamaba Génies, el cocinero mayor Montelimart) i sentados sobre un monton de cables, cerca de la campana que repica al entrar a las poblaciones, con la jaula del lorito entre las piernas, veíamos correr las anchurosas aguas «Oh, para mi ambicion aun eran estrechas; hubiera deseado, no un rio, sino el mar!»

Daudet! ¿Ignorais que bajo su impresion escribí mis primeros cuentos? Por qué, por qué no ha persistido en mí su amable influencia? Despues vinieron los áridos (esos si que no portan ningún lorito verde!) luego los filósofos, diciéndome que el azul del cielo es capa sobre capa de éter, mas tarde aun los disectores realistas, i entre todos me han robado la poesía del alma, obligándome a mirar las cosas sin prisma, a no reir, a decir verdades crueles i feas. El mundo me enseñó a sufrir; ellos me enseñan a hacer sufrir. No, nunca mas podré escribir aquellos cuentos cándidos, desmadedados, pero bellos con el encanto de lo que no tiene mas realidad que el sentimiento.

¿Por qué no conservamos todos la frescura de corazón de Alfonso Daudet? por qué nos amarga la vida? Miro su retrato, viejo, fatigado, doloroso, i lo veo sonreir todavía con sencilla induljencia i mirarme con ternura. Amor, compasion! Quién me diera, poder sonreir lo mismo siempre, poder mirar así toda la vida! — AUGUSTO THOMSON